

Ruptura, hachas de piedra y culpabilidad. La crisis ecológica y el largo camino desde la imperfeción a la perfección

Alberto Jáimez Ortega

(Facultad de Teología del Norte de España)

Resumen

Tenemos la tentación de explicar el problema ecológico como un pecado contra la creación, pero todo va a depender de cómo entendamos el pecado; como algo terminado que se rompe, o como algo a medio terminar que resulta imperfecto e incómodo. En base al concepto de pecado en Teilhard de Chardin elaboramos una definición diferente para el problema ecológico. El mundo es imperfecto, pero está llamado a una perfección mayor, así, la crisis ecológica es parte de la evolución.

Palabras clave: Pecado. Evolución. Ecología

Abstract

We are tempted to explain the ecological problem as a sin against creation, but everything will depend on how we understand sin; like something finished that breaks, or like something half-finished that is imperfect and uncomfortable. Based on the concept of sin in Teilhard de Chardin we elaborate a different definition for the ecological problem. The world is imperfect, but it is called to a greater perfection, thus, the ecological crisis is part of evolution.

Key Words: Sin. Evolution. Ecology.

Introducción. La ruptura

Leonardo Boff en *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*, habla de una *ruptura*, de una disolución de la religación básica que el ser humano debería

tener respecto del conjunto del universo y de su Creador¹. En palabras de Boff, tocamos aquí una dimensión profundamente misteriosa y trágica de la historia humana y universal. Es lo que la tradición llama el *pecado original*. Pero Boff no lo reduce a sólo una mera dimensión moral, ni a un acto aislado del ser humano. Es algo que tiene que ver con las relaciones que el ser humano, en cuanto ser social, tiene en todas direcciones, es algo permanente en la condición humana.

Si hay una sombra en estas páginas de Leonardo Boff que me genera curiosidad es la afirmación de que el ser humano tiene la experiencia de que algo no funciona, de que la realidad no es todo lo que podría ser; experimentamos descontento. Las Escrituras, desde el mito del pecado original, tratan de explicar esa ruptura entre la bendición original y el pecado original. Pero Boff no entra a valorar las diversas interpretaciones del pecado original en cuanto caída².

El llamado pecado original no sería otra cosa que la misma naturaleza *in fieri*, en su devenir, como sistema abierto, pasando de niveles menos complejos a niveles más complejos. Dios no creó el universo como algo ya acabado de una vez por todas, un acontecimiento del pasado, rotundamente perfecto y concluido para siempre. Por el contrario, Dios desencadenó un proceso abierto que hará una trayectoria rumbo a formas cada vez más organizadas, sutiles y perfectas de ser, de vida y de conciencia. La imperfección que captamos en el proceso cosmogénico y a lo largo de la evolución no traduce el designio último de Dios sobre su creación, no significa su palabra final sobre sus criaturas, sino un momento dentro de un inmenso proceso siempre abierto³.

Así, el paraíso no es el principio, sino el final, no es la nostalgia de una edad de oro perdida, sino la promesa de un futuro que está por llegar⁴. Afirmando con Boff que Dios no creó el universo como algo ya acabado. Pero mi coincidencia con el teólogo brasileño termina aquí. Él considera que el pecado es la no aceptación de la vida mortal, la negación al proceso evolutivo, y la huida de la entropía general construyendo modos de vida abundante⁵. La idea de Boff, que no comparto, es que el pecado original es una ruptura con la religación, con la solidaridad cósmica que implica una maduración y transformación, también de la muerte. Dios quiere que todo cuanto sale de su corazón, pase por el tiempo y regrese a su corazón. El hombre, creado creador, en cuanto es consciente de la muerte tiene miedo y la

¹ Cf. Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), 106 y ss.

² Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), 108.

³ Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), 108.

⁴ Cf. Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), 108.

⁵ Cf. Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), 110.

rechaza. El miedo acaba usándose contra la naturaleza, rompiendo la alianza con ella, y aparece la actitud antiecológica⁶.

Como digo no comparto lo anterior. Mi tesis es la siguiente: El pecado original es la debilidad propia de la vasija a medio cocer. Así, el mal, no aparece como una rebeldía premeditada hacia nuestra condición, no es miedo, no es ruptura con el camino evolutivo, sino que se muestra como algo necesario en el proceso de lo sencillo hacia lo complejo, como errores propios de lo que está por terminar aún. Por lo tanto, me atrevo a sugerir, de la mano de Teilhard de Chardin, que la ruptura no es tal, sino desajuste previo al ajuste final, de modo que podríamos cambiar el término *pecado* por el de *progreso*⁷.

Son varias las ideas que surgen aquí: Una imagen más apropiada para el concepto de pecado original, la convicción de que la creación no está acabada, y la introducción de la cuestión ecológica como la inexperiencia para adecuar nuestra propia evolución con el sentido fundamental de la especie humana, la de continuar la creación. Todo ello está relacionado íntimamente.

El pecado, las hachas de piedra y la culpabilidad

En la Pascua de 1922 Teilhard de Chardin escribió un artículo titulado *Algunas representaciones históricas del pecado original*. Dicho texto le valió una condena y el impedimento de seguir enseñando como teólogo. Lo expresado en este texto fue continuado en 1947 en *Reflexiones sobre el pecado original*. También tocó este tema en *Cristología y evolución*, redactado en su exilio chino en la navidad de 1933. En estos textos fundamento mis ideas.

Teilhard propone tomar el mundo como es, tal y como se aparece a la luz de la ciencia y de la razón, *no el mundo de hace cuatro mil años, encerrado en sus ocho o nueve esferas*⁸, para el que se ha escrito la teología de nuestras liturgias y nuestras catequesis. ¿Qué universo está presente en el credo o las grandes fórmulas litúrgicas actuales, el explicado hace dos mil años o el explicado hoy por la ciencia de vanguardia? No se trata de analizar nuestros textos fundacionales en busca de incongruencias científicas, se trata de entender que nuestras expresiones teológicas, en especial la del pecado original, siguen siendo exactamente las mismas que podrían ser suficientes hace tres siglos, pero que, para nosotros y nuestras perspectivas cósmicas, se hacen irrespirables⁹. Se trata de entender que no podemos pensar en un pecado basado en un universo estático y acabado mientras sabemos que el universo evoluciona y está inacabado. Establecer una teología de la ecología en base a este error convierte lo que debería ser una motivación para aprender, en culpabilidad y trauma social.

⁶ Cf. Leonardo Boff, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996), III.

⁷ Esta sustitución viene insinuada por Teilhard de Chardin en una nota a pie de página que se hace él mismo en su texto “Cristología y evolución” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 75

⁸ Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 71.

⁹ “Cristología y Evolución” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 70.

Debemos, entonces, pensar en una nueva forma de representarnos la irrupción del mal en el mundo. La necesidad de pensar no implica trasladar lo pensado a los catecismos, significa buscar la verdad, abriendo una brecha, quizá necesaria para la salud mental del mundo, entre buscar la verdad y tranquilizar las conciencias. Todos conocemos los aspectos literales del tema, no coseré ese trapo. En principio debemos prevenirnos contra el monogenismo, una tentación propia del teólogo, que, al explicar el pecado original, lo hace en base a un único individuo, a Adán. De hecho, el catecismo, aun avisando de que el *relato de la caída* está escrito en un lenguaje hecho de imágenes¹⁰ sigue considerando a Adán como fuente del pecado¹¹, fuente de la desobediencia a Dios y la falta de confianza en su bondad¹².

Pero en todos los números se vislumbra la convicción de que el paraíso terrenal y el estado de gracia original es una manera de ser diferente al del resto del universo, como un reducto privilegiado de un trozo del cosmos¹³. Un privilegio del que se nos expulsa a la especie humana, generando desde entonces la ilusión de que hay un «dentro» y un «fuera». Como si efectivamente el paraíso fuese diferente al universo. Como si Adán, concentrando toda la humanidad en sí mismo, pudiera ser expulsado de la evolución normal del cosmos. El monogenismo es un peligro por la dificultad de concentrar todos los caracteres de la humanidad en toda su historia, en un solo individuo, ciertamente deshumanizado¹⁴.

La manera de entender el pecado original, aunque sea una metáfora, entra mal en los requerimientos de la ciencia. Como acontecimiento es algo inverificable, inexperimentable¹⁵. Podría ser un acontecimiento que se nos escapase por ser demasiado pequeño y lejano. Imaginemos una joven y prometedora, a la vez que anónima pareja, de Hombres de Kibish¹⁶ dedicándose a sus quehaceres en armonía con la creación, y que un buen día, cualquiera en un arco entre hace 200.000 y 195.000 años, se dan cuenta de que están desnudos y tienen, de repente, la sensación de que no hacen el bien que quieren sino el mal que no quieren¹⁷, y sintiendo vergüenza por ello, son desterrados por el chamán de la tribu, culpables de su empeño en ser, a partir de ese inédito, anónimo e

¹⁰ CEC nº 390

¹¹ CEC nº 388

¹² CEC nº 397

¹³ Cf. "Algunas representaciones históricas del pecado original" en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 44-45.

¹⁴ Cf. "Algunas representaciones históricas del pecado original" en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 44.

¹⁵ Cf. "Algunas representaciones históricas del pecado original" en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 45.

¹⁶ Los hombres de Kibish son los fósiles de Homo Sapiens más antiguos descubiertos hasta ahora. Fueron encontrados en Kibish, un lugar a las orillas del río Omo, en Etiopía, en 1967, por Richard Leakey. Son tan primitivos que se discute si uno de los restos pertenece en realidad a la especie Homo Rhodesiensis, o se trata de rasgos primitivos de Homo Sapiens.

¹⁷ Referencia a Rom 7,19

imperceptible acontecimiento... *humanos, demasiado humanos*¹⁸. Podría ser, quizá, un acontecimiento tan grande que abarca todos los actos de la humanidad tomados en conjunto. Tan imposible de experimentar es uno como el otro.

Así, el dolor y la muerte del mundo se convierte en el dolor y la muerte del ser humano, entrando a formar parte de la primera de una larga lista de justificaciones para explicar la gran pregunta; ¿Por qué la especie humana parece el individuo inadaptado y encorajinado del patio de esta cárcel platónica? ¿Es la caída —la solución al problema del mal— solución también para el problema ecológico?

Así las cosas, en todo caso, podría parecer que el pecado original es un cambio de agujas en el mundo humano¹⁹, como si fuera un error nacer de las bestias y convertirse en un animal racional y tecnológico, con los problemas de adaptación que tiene eso...

Sin embargo, de la mano de Teilhard de Chardin podemos pensar que el acto creador hace ascender al ser humano hacia Dios desde las fronteras de la materia simple. Toda creación, por definición, conlleva un cierto riesgo durante el proceso, una cierta necesidad de reformulación, de redención. Este sería el drama de toda la historia humana y el protagonista sufriente de esta tragedia, el ser humano, a falta de una encarnación fuera de sí mismo, busca un símbolo, necesariamente expresivo.

Adán y Eva son imágenes de la humanidad en marcha hacia Dios. La dicha del paraíso terrenal es la salvación constantemente ofrecida a todos, pero rechazada por muchos, y organizada de tal suerte que nadie puede llegar a su posesión si no es por unificación de su ser en nuestro Señor²⁰.

Es decir, el acto creador puede ser entendido como un proceso gradual de ordenación y de unificación, de amasamiento del barro cósmico, y como toda fabricación, ésta también entraña una multitud de tanteos y de ensayos que diseminados en la inmensidad del espacio-tiempo, no puede más que identificarse con desórdenes locales, pequeños baches en la ruta. Cuando la vida aparece, el

¹⁸ No en vano Nietzsche dedicó su *Humano, demasiado humano* a los «espíritus libres» que un día tendrán que madurar hasta que la perfección tenga su aventura decisiva en un acto de desligamiento, y que antes no hayan sido más que un espíritu esclavo que parecía encadenado para siempre a su rincón, a la mano que le ha guiado al santuario en que aprendió a rezar. Esto está en el prefacio de: Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano* (Madrid: Edaf, 2019), 34-35. Por cierto; hay una curiosa derivada evolucionista en *Así habló Zaratustra*. «¿Qué es el mono para el hombre? Un motivo de risa, o una dolorosa vergüenza. Pues otro tanto debe ser el hombre para el Superhombre: una irrisión, o una afrentosa vergüenza». Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra* (Barcelona: Orbis, 1982), 46.

¹⁹ Cf. “Algunas representaciones históricas del pecado original” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 46.

²⁰ “Algunas representaciones históricas del pecado original” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 49.

amasamiento del barro trae dolor, *a partir del hombre, se convierte en pecado*²¹. Así, quizá el problema ecológico, el desajuste entre tecnología humana y ambiente humano, no sea más que un resultado estadístico de un proceso de evolución, como lo es el sufrimiento de la gacela entre los dientes del león, o el mal que hago involuntariamente a mi prójimo.

Pecado y ecología

Es decir, que el mundo en evolución es imperfecto, abierto siempre a una perfección mayor²², y dentro del mundo estamos los representantes de la especie humana aquí y ahora. La evolución no sigue un proceso rígido hacia ese mundo perfecto, no hay una teleología mecanicista y premeditada donde sería difícil que cualquier criatura sea libre. En un proceso evolutivo como en *el que vivimos, nos movemos y existimos*²³, es posible incluir una gran cantidad de deshecho, de errores. En la materia previa, el deshecho resultante para que la evolución escale un puesto no se mide en sufrimiento. Hay mucha energía que se ve privada de futuro. La radiación de fondo, los agujeros negros, las estrellas de neutrones, todo está al margen de todo proceso evolutivo. Desaparece violentamente sólo para permitir el progreso²⁴.

Lo mismo ocurre en la materia viva. La muerte es algo necesario para la evolución, aunque sea un proceso doloroso. Antes de que el ser humano apareciera ya había dolor y sufrimiento, pero nadie le había puesto nombre. Hace 65 millones de años un iguanodón sufría indeciblemente aullando bajo los dientes de un tiranosaurio —quizá fue lo último que hicieron—, hace 3.000 millones de años una célula absorbida por otra célula para alimentarse de ella posiblemente no sufrió al no tener sistema nervioso, pero fue un desastre para su propio progreso, hace 3 millones de años una *australopithecus* conocida como Lucy, se vio arrastrada por una riada que la mató. En todos los casos no parece que nadie usase palabras como mal, dolor o sufrimiento.

El desastre, el deshecho, el dolor y el sufrimiento han estado presentes en toda la evolución desde que la primera fluctuación cuántica puso inicio el tiempo. Es solo un problema de nomenclatura. Una enana blanca explota colapsando un sistema solar entero, de la misma forma que un oso de las cavernas atizó un puñetazo a Miguelón²⁵, —un Homo Heidelbergensis encontrado en Atapuerca de

²¹ Cf. “Reflexiones sobre el pecado original” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 163.

²² Cf. Karl Schmitz-Moorman, *Teología de la creación de un mundo en evolución* (Pamplona: Eud, 2005), 198.

²³ Referencia premeditada a Hch 17,28. Sí, acabo de admitir que la evolución es el lenguaje creativo del cosmos.

²⁴ Cf. Karl Schmitz-Moorman, *Teología de la creación de un mundo en evolución* (Pamplona: Eud, 2005), 199-201.

²⁵ Más sobre Miguelón en Juan Luis Arsuaga, *La saga humana, una larga historia* (Madrid: Edaf, 2006), 101 y ss. Uso el ejemplo de un Homo Neanderthalensis y un Homo Heidelbergensis premeditadamente. En el fondo creo que las características humanas,

hace 430.000 años— mientras intentaba cazarlo junto con su tribu. La diferencia entre todo un sistema solar colapsando y borrando para siempre miles de millones de años de evolución, y la dolorosa y grave infección que le causó la fractura en la mandíbula a Miguelón, es sencillamente que la materia es indiferente a la propia materia, pero que a Miguelón alguien le masticaba la comida porque él no podía. ¿Es malo el oso que agredió a Miguelón? ¿Es malo Miguelón por querer matar el oso y llevar comida a su tribu? No. Alguien fue consciente del dolor, del sufrimiento, masticando la comida por el pobre Miguelón, pero también hubo alguien que decidió no hacerlo sabiendo que si nadie le ayudaba sufriría aún más. El hombre convierte la imperfección de la evolución en pecado.

En un mundo en evolución no hace falta imaginar un acontecimiento inicial para explicar la aparición de lo complejo y su elemento inevitable, el mal, que aparece en dicho proceso evolutivo como expresión misma de un estado del cosmos sin organizar todavía por completo²⁶. Puede parecer raro decirlo, pero el mal lleva *el peso, inevitable por construcción, de toda clase de creación. Es el símbolo y el gesto del progreso*²⁷.

Así, entiendo la llamada crisis ecológica como parte de la evolución. Observemos a un esforzado Neandertal fabricando un hacha de piedra para despiezar el mamut que él y sus compañeros acaban de abatir, no sin un riesgo claro para su vida. Golpe tras golpe llena su espacio de trabajo con cortantes lascas de piedra que quedan abandonadas junto con los pocos restos del animal que no aprovecharán. Pocos minutos después de que el último Neandertal abandone la zona de caza, un lobo hambriento olisqueará en el aire el hedor del cadáver y acudirá hacia los restos del mamut esperando relamer algo de sustancia y proteína, pero al pisar una lasca de sílex el lobo se hiere la almohadilla de una de sus patas, muriendo a los dos días por la infección producida por el corte. Esta historia tiene el mismo valor ético que la de un madrugador contribuyente que enciende su pequeña furgoneta diésel cada mañana para pagar las facturas y los impuestos. Es un problema de magnitud, no de maldad, no nos culpabilicemos. No demonicemos el uso de los pequeños y cotidianos elementos tecnológicos que han solucionado muchos problemas, no dejemos que los políticos en sus contaminantes aviones privados y sus carísimas residencias nos digan que encendiendo una bombilla en nuestras tristes casas nos hace responsables de una crisis climática. El futuro, si podemos evitar que las distopías orwellianas y huxleyanas —superpuestas una en medio de la otra— se hagan realidad, es algo fascinante. La crisis ecológica quizá tenga más de transición hacia nuevas formas de energía que de crisis.

La perspectiva de avanzar en el progreso, de seguir aprendiendo, de moldear el cosmos mejorando nuestros propósitos, de ascender al cielo

como la caridad y su contrario, y la capacidad de transformar el medio, ya estaban más que potencialmente presentes en las «otras humanidades».

²⁶ Cf. “Cristología y Evolución” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 75.

²⁷ “Cristología y Evolución” en Pierre Teilhard de Chardin, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005), 76.

colonizando el Sistema Solar y más allá, es algo que quizá no seamos nosotros los que lo hagamos, pero serán nuestros descendientes, que nos mirarán con la misma benevolencia con la que miramos al Neandertal llenándolo todo de lascas de sílex. Lo decíamos arriba: el acto creador hace ascender al hombre hacia Dios desde las fronteras de la materia simple. Toda creación, por definición, conlleva un cierto riesgo durante el proceso, una cierta necesidad de reformulación, de corrección de errores. Esta idea, formulada con diversa literatura es algo común en la mayoría de las religiones serias que existen. El objetivo es alcanzar la condición de Dios. Lo decía la serpiente en el Génesis ante las dudas de Adán y Eva: *No moriréis, lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal*²⁸. Estas dudas concluyen con el consejo de Jesús; *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*²⁹. De una forma u otra, el objetivo de la especie humana es alcanzar la condición de creador, en cuanto que el atributo más evidente de Dios es el de creador.

Sigamos a Carl Sagan en una referencia que hace al Talmud judío³⁰.

...consideremos una historia que aparece en el Talmud judío y que fue omitida en el libro del Génesis. (Se halla en indudable relación con el relato de la manzana, el árbol del conocimiento, el pecado original y la expulsión del Edén). En el jardín del Paraíso, Dios dice a Eva y a Adán que ha dejado intencionadamente inacabado el universo. Será responsabilidad de los humanos, a lo largo de incontables generaciones, colaborar con Dios en un «glorioso» experimento, el de «concluir la Creación»³¹.

En eso estamos. Una responsabilidad tan grande supone una carga pesada, especialmente si consideramos nuestra desdichada historia, si consideramos que la especie humana es débil e imperfecta, muy alejada del futuro al que parece abocada. Es cierto que tenemos problemas, que nuestra misma existencia corre peligro, pero desde cuándo la evolución no ha puesto en un brete a la vida misma para seguir adelante con más fuerza. La evolución nunca pone una prueba más difícil de la que la vida pueda superar³². El camino no tiene obstáculos, el obstáculo es el propio camino, dicen los estoicos. Muchas veces nosotros mismos somos el propio obstáculo, como lo son las imperfecciones que han de ser pulidas por los expertos dedos del alfarero. Nada puede hacerse, ni la más simple hacha de piedra o la consecución —por fin— de la energía de fusión, sin un nivel de conocimientos suficiente. Parece como si el progreso nos arrastrara, como el *Angelus Novus* de Paul Klee, cuyas alas extendidas movidas por el viento del progreso amontonan ruina sobre ruina sin que el ángel pueda hacer nada por evitarlo. Es cierto que él, consciente de los muertos arrojados a sus pies, quisiera

²⁸ Gn 3,5. Y sí, acabo de caer en el *monogenismo* que criticaba antes.

²⁹ Mt 5,48

³⁰ El Talmud se puede consultar online en <https://www.sefaria.org/texts>, pero encontrar este relato me parece una tarea ingente que no tengo ni el tiempo, ni el conocimiento sobre la teología judía para hacer.

³¹ Carl Sagan, *Un punto azul pálido*. 382.

³² Referencia a 1Cor 10,13. Al final tendré que escribir *evolución* con «E» mayúscula.

parar, pero la Evolución avanza desde el fondo oscuro de la nada hasta la plenitud de la vida, cuando Dios sea todo en todos³³. En ese momento nos daremos cuenta de que todo era posible e inevitable.

Bibliografía

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

CARL SAGAN, *Un punto azul pálido* (Barcelona: Planeta, 1985).

KARL SCHMITZ-MOORMAN, *Teología de la creación de un mundo en evolución* (Pamplona: Eud, 2005).

LEONARDO BOFF, *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres* (Madrid: Trotta, 1996).

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, *Lo que yo creo* (Madrid: Trotta, 2005).

El autor es Diácono permanente de la diócesis de Bilbao, en España, Diplomado en Ciencias Religiosas por la Universidad de Navarra, Licenciado en Estudios Eclesiásticos, Máster en Ciencias de las Religiones, Máster en Teología Fundamental por la Universidad de Deusto, Doctorando en Teología en la Facultad de Teología del Norte de España, sede en Vitoria.

e-mail: jaimez.ortega@gmail.com

Fecha de recepción: 08-07-2022

Fecha de aprobación: 06-09-2022

³³ Referencia a 1Cor 15, 28. No me he equivocado; *Evolución*, con «E» mayúscula.